

Luis Solé Sabarís y la Geografía Española

por José Manuel CASAS TORRES

Presidente de la Sección de Geografía de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. Director del Instituto de Geografía Aplicada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Como tuve la fortuna, y el honor, de intervenir en el acto académico en homenaje a Luis Solé que organizó la Universidad de Barcelona, escuché, entre otras, las palabras que pronunció mi querido compañero Juan Vilà Valenti.

Estoy seguro de que a Vilà le corresponde también en este volumen subrayar, como lo hizo entonces, la transcendental aportación de Solé a la geografía científica española:

a) Como introductor de la geografía científica extranjera (Solé no sólo fue desde muy pronto, cuando era casi un adolescente, amigo y propagador de las ideas de Birot, Baulig y todos los morfólogos franceses, sino también de las de Passarge, los Penck, y muchos otros alemanes; y no sólo eso: Solé no se limitó a introducir la literatura internacional sobre geografía física sino que, gracias a él, muchos conocimos a Brunhes, Sorre y Blanchard. (Pero es que Solé no es sólo un geólogo y un morfólogo fuera de serie, sino un geógrafo completo, un poeta y un humanista).

b) Como impulsor de los estudios sobre geografía de Catalunya, que entre tantos aciertos admirables debidos a su talento y tesón acaso alcanza su plenitud en la inigualada «Geografía de Catalunya» de la Editorial Aedos, dirigida por él, envidia de todas las demás regiones españolas.

c) Como inspirador y autor de multitud de estudios sobre la Península Ibérica, entre los cuales basta citar el volumen primero de la Geografía de España de la Casa Muntaner y Simón.

Como todo esto lo dirá Juan Vilà, y mucho mejor de lo que yo lo diría, voy a limitarme, como hice entonces, a glosar un aspecto de su labor como profesor: su magisterio con alumnos de otras Facultades, e incluso de ciudades distintas de Barcelona, porque es cierto que Vilà y Llobet, también discípulos suyos, estudiaron en la Facultad de Letras de Barcelona, pero yo lo hice en las de Valencia y Madrid.

Mi caso, y mi testimonio, servirán de ejemplo para lo que pretendo: resaltar un aspecto poco conocido, y desde luego admirable, del magisterio de Solé Sabarís.

Agradeceré al lector que no tome lo que sigue por inmodestia. Es verdad que estoy orgulloso de ser discípulo de Solé Sabarís, pero aquí hablo de mí sólo para poner un ejemplo de lo que es su magisterio, y también para que quede claro todo lo que le debo, y no soy yo sólo quien puede hablar así.

Conoció a Solé en una Semana de Estudios Geográficos que organizó en Jaca el casi recién nacido Instituto «Juan

Sebastián Elcano» de Geografía del C.S.I.C. El impulsor de esta «Semana», como de tantas cosas, era D. José María Albareda. Solé era muy joven y acababa de ganar la cátedra de Granada. Con él recorri el Pirineo Central por primera vez y con él comencé a aprender a «ver» en el campo, porque en aquella época, en las Facultades de Letras, a los profesores y a los alumnos les pasaba como al estudiante de Oscar Wilde que «tenía la costumbre de aprenderlo todo en los libros».

Solé no se limitó a enseñarme unas montañas que quería entrañablemente y a comunicarme su entusiasmo por la naturaleza, sino que me habló con cariño de los grandes maestros extranjeros que conocía personalmente, y me indicó algunos trabajos de investigación que podía hacer en Valencia (concretamente el artículo que publiqué en «Estudios Geográficos» sobre los «aterramientos» en la Albufera se debe a sus recomendaciones).

Nuestra amistad fue pronto muy grande porque, aplicando su norma de que «un día de excursión vale más que un año de trato» resultó a poco que nos conocimos desde el momento de mi nacimiento.

Nuestros contactos y salidas al campo se multiplicaron siempre con gran provecho de mi formación geográfica. Solé organizó una Semana de Geografía en Granada, y nos alojamos en el Refugio que la Universidad tiene en la Sierra. Allí, cuando anochecía, después de una jornada de marcha por la montaña, yo le leía a D. Amando Melón, mi otro gran maestro, el borrador de mi tesis doctoral, mientras Solé preparaba los pormenores de la excursión del día siguiente. Recuerdo que el día que subimos al Veleta, D. Amando llegó a la cumbre, sin darle a ello más importancia, con zapatos de charol, chaqueta puesta y corbata.

Al año siguiente, en la Tercera Semana de Geografía, recorrimos Galicia litoral y al otro año en la Cuarta, Navarra. Recuerdo, y Solé no lo habrá olvidado tampoco, que en Estella tuvimos una larga conversación en la que me trazó todo un plan de trabajo y lecturas en «onda larga».

En fin, enumerar todos los cursos de verano y excursiones en que coincidimos sería muy largo: Recorrimos el Pirineo francés y los Alpes con el llorado Noel Llopis Lladó y los alumnos de Barcelona, entre ellos Carmina Virgili, recién licenciada; volvimos al Pirineo Central en una Quinta Semana a la que asistió un joven licenciado: Juan Vilà Valenti, y una y otra vez, con la mochila al hombro, en

ocasiones comiendo sin dejar de andar, recorrimos los dos juntos muchos rincones de Catalunya. Solé gozaba haciendo que la conociera y amase. Uno de los recuerdos que más me emocionaron en estas excursiones fue el espectáculo de la plaza mayor de Vic, un domingo por la tarde, con cientos de personas cogidas de la mano bailando gravemente sardanas.

Mi llegada a la Facultad de Letras de Zaragoza coincidió con la creación del Instituto de Estudios Pirenaicos. Durante veinte años Solé fue director y yo vicedirector. Creamos la Unión Internacional de Estudios Pirenaicos, presidida por Gausson y Albareda, organizamos los Congresos de San Sebastián, Gerona, Jaca..., alternando con los que preparaban nuestros colegas franceses. Del lado español el motor y el aglutinador fue siempre Solé. Nació la revista «Pirineos» y se inició la publicación de las Actas de los Congresos. En una y otras dejaron Solé y sus discípulos multitud de trabajos y comunicaciones.

Desde Zaragoza llamé a Solé repetidas veces para que orientara a mis discípulos y para que nos explicara la morfología del Valle del Ebro y el Sistema Ibérico.

Solé nunca se hizo rogar y estuvo siempre dispuesto a desplazarse desde Barcelona y a salir al campo con nosotros. Yo me preocupé mucho en todo momento de que conociera y orientase a mis mejores alumnos. Le presenté a Alfredo Floristán y juntos los tres recorrimos durante varios días la Ribera y la Bardena navarras, objeto de su admirable tesis doctoral. Luego le fui poniendo en contacto con Ferrer Regales, Ménsua, Rosario Miralbès, Higuera (y no cito a Pedro Plans porque fue directamente alumno suyo).

Esto era por 1947; treinta años después, le rogué que dirigiera la tesis de mi alumno Juan Sanz Donaire, y de nuevo Solé como entonces y como siempre, le recibió y orientó como si se tratara de su mejor alumno.

En estos treinta años largos, nuestra amistad no se empañó jamás, al contrario, mi admiración por Solé creció constantemente, no sólo por su calidad científica cada vez más depurada y honda, sino por sus dotes humanas, su gran corazón, su lealtad, su fortaleza, puestas de manifiesto, a veces, en circunstancias particularmente dolorosas.

Coincidimos en Francia, invitados por nuestros colegas de Burdeos y Toulouse en un par de excursiones interuniversitarias, asistimos juntos a algunos congresos de la U. G. I. y, sobre todo, siempre que he podido he llevado a Catalunya la «excursión larga» anual que suelo hacer con mis alumnos de la Complutense. Es muy verdad que Catalunya lo tiene todo para una excursión con jóvenes geógrafos, pero no es menos cierto, y me alegro de poder decirlo ahora, que para mí tiene además a Solé. Muchas excursiones nos las organizó él mismo: nos trazó itinerarios, nos indicó los lugares de parada, nos buscó los alojamientos... nos recibió en Barcelona, en su Universidad y nos acompañó muchas veces en nuestros recorridos (Capellades, Montserrat, Barcelona...).

Los geógrafos catalanes: Vilà, Llobet, María Bolós, Cassas, Masachs, se portaron siempre muy bien con nosotros, y les estamos muy agradecidos, pero cuando venía Solé con nosotros no se trataba sólo de un querido colega, sino de nuestro común maestro, pues también lo es mío, y en esos días mis alumnos y yo éramos un mismo grupo de discípulos suyos.

Si alguien al llegar aquí piensa que esto son sólo recuerdos personales de un buen amigo, o no ha entendido lo que yo pretendía con estas líneas o yo no he sabido explicarme, porque lo que yo quiero que deduzca el lector es que «mi

historia» refleja un aspecto más del magisterio universitario de un gran maestro, y es sólo una muestra de lo que ha hecho con muchísimas otras personas. El interés de lo que cuento está precisamente en su valor representativo de una realidad mucho mayor, y en que es la prueba de una actitud de Solé de permanente dedicación a la enseñanza, de la habitual generosidad y entrega de un gran maestro a todo el que se acercó, y se acerca, a él pidiendo consejo y orientación.

Quiero terminar, aún sabiendo que cuando lo lea pasará un mal rato, señalando otro aspecto de Solé, que ya habrá adivinado cualquier lector-profesor verdaderamente universitario.

Solé es y ha sido siempre un hombre de bien. Si faltan virtudes humanas se podrá ser, quizá, un gran científico, lo que no se puede ser es un maestro. Y Solé Sabaris lo es en grado sumo, precisamente porque es honrado, leal, generoso, cordial, veraz y con un gran sentido de responsabilidad.

Su rigor científico y amor a la verdad sólo son comparables al respeto y consideración que tiene con todos sus colegas. Más de una vez le he visto buscar publicar conjuntamente con otro autor un artículo en el que se rectificaban conceptos o conclusiones equivocados sostenidos por ese mismo autor en un trabajo anterior. ¿Cabe forma más delicada de poner las cosas en su sitio sin hacer sufrir?

Su sentido de responsabilidad, su seriedad científica, son proverbiales entre quienes le conocemos. Recuerdo que hace muchísimos años hicimos juntos en coche una excursión a Extremadura. Al salir de Madrid me dijo Solé: Esta excursión es sólo el comienzo de muchas otras. Castilla y Extremadura son regiones cuya geografía no puede afrontarse a la ligera.

Hablar de su entusiasmo en el campo, de su capacidad de sacrificio en la marcha, para que los demás fueran mejor, de su constante estar pendiente de que los alumnos entendieran y de su captar inmediatamente si otros profesores lo estaban o no (recuerdo con qué admiración me decía en una Interuniversitaria francesa: —Mira a Faucher, ya está preocupándose de que los estudiantes comprendan bien el problema...) sería recordar cosas que todos sus alumnos sabemos por propia experiencia. Es quizá mejor, para terminar, decir que junto a su capital obra escrita, decisiva, señera, en la historia de la geología y la geografía españolas (y gracias a Dios no terminada porque Solé está en la plenitud de su capacidad intelectual) deja nuestro maestro docenas de discípulos, formados por él en el amor a la verdad y al trabajo científico, que continuamos, a nuestra escala, cultivando alguna de las líneas de trabajo en las que él ha abierto surco.

Termino estas líneas con la sensación de no haber sabido expresar todo lo que quería decir ni manifestar el afecto y la gratitud que siento por mi maestro y amigo.

Creo también que la propia Universidad de Barcelona, y en general la Universidad española, no acaban de darse cuenta bien de la pérdida que significa la jubilación de un universitario como Solé. Espero y deseo con toda mi alma, que el Institut d'Estudis Catalans, el Consejo de Investigaciones, y la Universidad, sigan durante muchos, muchos años, beneficiándose del ejemplo, la laboriosidad y la ciencia, del hombre bueno y sencillo que encarna todas las virtudes de Catalunya y del buen universitario: mi maestro: el doctor Luis Solé Sabaris.

Recibido mayo 1978